

y ningun otro hubiera podido excitar mas vivamente su curiosidad. La Tierra pues fué el humilde objeto de todas sus investigaciones.

La Luna estaba entónces habitada por el pequeño pueblo de los Solenitas. Pero se concibe que ese mundo era verdaderamente demasiado pequeño para llamar por algun tiempo la atención del magnifico viajero.

Á pesar de estas excelentes disposiciones en nuestro favor, un acontecimiento, que es preciso esperar siempre que suceda un día ú otro en la vida de los séres, estuvo á punto de poner término á las observaciones tan perseverantes é instructivas del cometa. Hay en los habitantes del espacio ciertos actos que pueden corresponder á los de nuestra vida. Hablaremos un momento de este, pues no dejaba de ser de alguna importancia : se trata del *matrimonio* de nuestro Cometa.

Hacia veinte y siete mil años que un soberbio aerolito esbelto y bien plantado, veia pasar allí á lo léjos, en los desiertos del espacio, al errante cometa ; — la soledad atrae las ideas y se hubiera podido tal vez inferir que solitario como él, se sintió arrastrado hácia el astro de dorada y larga cabellera. Durante veintisiete mil años, aquel bóldo,

uno de los gigantes de su especie, aproximó su órbita á la del cometa, en virtud de la gravitacion universal (esas gigantescas piedras metálicas celestes giran alrededor del Sol como los cometas). No fué sino al cabo de tan largo periodo cuando aproximándose á él, recorrió el meteoro cinco mil leguas en ménos de un minuto, atravesó zonas cada vez mas densas cercanas al centro de gravedad y formó desde entónces el *disco* del Cometa. ¿Fué aquello el origen de otros muchos cometas? Es lo que la historia no dice; y por otra parte los filósofos que han procedido en este punto por una analogía poco legitima han caido en una ridícula exageracion. Pero cualquiera que sea el modo de nacer de los cometas, lo cierto es que existen mas hoy en el cielo que peces en el mar; y para afirmar esta verdad tenemos á Kepler. Qué sucederia si aumentara siempre el número de ellos sin reglas ni limites? Es necesaria cierta dosis de firmeza de espíritu para ver con sangre fria esa multitud de astros que se cruzan en su vuelo rápido y no puede uno entonces ménos de preguntarse como es que sus órbitas multiplicadas, cortando la órbita terráquea en todas direcciones, no suceden choques mas frecuentes entre los planetas y los cometas.

Ya no volveremos á hablar mas de este acontecimiento. Queda para nosotros el cometa lo que era, el único personaje en accion. El bolido fué absorbido por él, y por lo tanto no existe ya individualmente.

Un autor vulgar diria que por aquel entonces fué cuando vino el primer pato á barbotar en las aguas cenagosas en el sitio en que debia estar un dia la Francia. El cometa, mas fino y de una educacion enteramente clásica, saludó la aparicion de la familia de las palmipedas junto á un rio en el cual Lutecio (*lutum*, barro) debia un dia amarrar su barca. Graznaban las ranas, saltaban las salamanquesas y por primera vez ondulaban las culebras. Las cigüeñas, las flamencas, todas las aves de ribera se colocaban aristocráticamente en un pié. Los cuervos rayaban el aire con un vuelo de lúgubre estremecimiento, los mirlos silbaban, los gorriones parecia como que aguardasen las migajas del transeunte, y otras aves mas alegres habitaban ya en las florestas profundas y colocaban sus primeros nidos en las ramas. Las marmotas, las ardillas, los ratones, los castores, los caballos, los perros, los gatos y los coatis inauguraban la série del reino inofensivo que debia subsistir despues de la época de

la creacion del hombre, y los primeros monos trepaban en las ramas flexibles de las enredaderas : eran el piteco, el dryopiteco y el misopiteco, cuyos gestos y visajes horripilantes anunciaban de léjos los abogados de todas las causas de la humanidad futura.

En virtud de su larga y concienzuda observacion, tienen los Cometas la muy admirable costumbre de no fiarse nunca mas que de lo que ven por sí mismos y que su razon clara é imparcial puede admitir. No tienen preocupaciones y jamás se les podrá tachar de ocultar lo que piensen para agradar á algun protector. Viajeros independientes pasan su vida en la observacion comparativa y tal vez sean los hijos del cielo mas eruditos. Así para dar clara muestra de la prudencia con que proceden en todo, haremos observar que á pesar del bénevolo afecto que profesaba á la Tierra, á pesar del estado de espíritu en que se hallaba y la satisfaccion que hubiera experimentado al saludar al primer *ser*

inteligente que hubiera podido apercibir en la superficie de este mundo tan ricamente preparado, nuestro Cometa, buscando este sér al fin del período terciario (es decir hácia el año ciento cuatro mil cuatrocientos noventa), buscando, digo, un habitante superior, mas ó ménos parecido á los que en otros globos existian, pero no encontrando ningun indicio de su presencia, llegó en justicia á creer de buena fé que ese ser no vendria nunca y que la Tierra, por hermosa y engalanada que entónces estuviera, brillaba para el espacio ciego.

La isla de Francia habia brotado ya del seno de las aguas. Como acontece á los génios superiores que presienten con frecuencia el destino futuro de los mas humildes imperios, así tambien el Cometa sintió como una especie de atraccion hácia aquella parte del mundo. Por dos veces habia cubierto ya el mar aquellos nobles terrenos; pero la configuracion geográfica que debian guardar acababa de recibir únicamente su carácter definitivo bajo el punto de vista del litoral. En el sitio que Paris debia ocupar un dia, observó el Cometa los muy antiguos é ilustres predecesores de los Parisienses: los hipopotamos berreaban en las lagunas, los megaterios (*mega*, grande; *therion*, animal), los

camellos y otros rumiantes empezaban á hacer sus emigraciones; los ciervos de gigantesca cornamenta y las rápidas gacelas se buscaban y se escondian en los bosques umbríos. A orillas del Sena, en los paseos en que mas tarde los elegantes debian ostentar sus espléndidos trajes y sus elegantes modales, se veian los pavos reales, primeros tipos de la vanidad, y no léjos de ellos apercibíanse las cigüeñas marchando con planta altanera.

La poblacion era como hoy muy variada. Las tortugas se cruzaban con las liebres, los perros echaban una desdeñosa mirada á los gatos y las ocas pequeñas iban en pos de las grandes; los grajos, sin embargo, no habian aprendido todavia el adornarse con plumas ajenas. Pero los caballos retozaban libremente en las llanuras dejando flotar al viento sus blancas y pobladas crines; los bueyes vivian juntos en manadas; veíase á las terneras bajar á beber al torrente y pasar de uno á otro prado; los graves elefantes, los decanos de la época, visitaban soberanamente los paisajes de su tranquilo imperio. Para dar la última pincelada á este panorama, que pide ya la presencia del hombre, las nieves de las lejanas montañas se elevaban hasta las nubes en

el horizonte; en primer término se veian los negros abetos dominando el bosque, los olmos y las encinas se adornaban ya con sus frondosas hojas, los tilos y los álamos se elevaban esbeltos en mitad del campo y el sauce inclinaba sus ramas á orillas de la murmuradora fuente.

La variedad que reina de un mundo á otro es inmensa, y las producciones de la naturaleza en una tierra no se parecen en nada á las de otra. La materia que constituye los séres es una cosa pasiva, de una obediencia sin igual, y que se amolda prodigiosamente al capricho de la fuerza que la riges; la fuerza tan solo es la soberana. Por esto sucede que existiendo las fuerzas naturales en diferentes grados de intensidad ó de asociacion en los diferentes globos, han producido en ellos séres esencialmente distintos unos de otros. A pesar de esta variedad necesaria é indefinida, pudo fácilmente reconocer el Cometa que la Tierra se iba aproximando al estado definitivo en que se hallaban ya sus demás compañeras del espacio y en el que el huesped viene á tomar posesion de sus estados. No se parecia á los otros planetas, pero conservando un carácter especial, era visible su preparacion. Así como en una série de habitaciones diferentes, amuebladas con gustos, modas

y caracteres esencialmente distintos y aun opuestos, el ojo escrutador conoce sin gran trabajo si están preparadas para ser habitadas pronto.

Sin embargo, se nos querrá creer si decimos que el Cometa tuvo que esperar aun una trentena de sus años, de tres mil de los nuestros, para que se empezaran á realizar sus esperanzas? A veces hizo algunos descubrimientos engañosos; creyó ver á veces algun indicio de mano humana; á veces creia distinguir, á la distancia en que se hallaba de la superficie terrestre, bandas de seres nuevos que parecian revelar la creacion tan deseada; eran quimpanzes, gorillas, macacos y orangs; entónces conocia su equivocacion y caian por tierra sus ilusiones. Hubo una época, durante los años cuarenta y cuatro mil ciento sesenta y cuatro, cuarenta y un mil noventa y nueve, treinta y ocho mil treinta y cuatro y treinta y cuatro mil novecientos sesenta y nueve, que nadó en un mar de esperanza. Asi como se observa á veces en el mes de Abril algunos dias de verano bellos y luminosos que empiezan ya á despuntar, la luz, el calor y los aromas descender en la atmósfera entibiada, del mismo modo en aquel mes de Abril de la Tierra, hubo una era anticipada. Una especie revestida al parecer del carácter de mando florecia

en las risueñas llanuras de un gran continente, que desapareció despues; ya se ordenaban á su alrededor los rebaños, como si dijéramos en una especie de domesticidad consentida; ya parecian propicios los elementos para la instalacion del gran monarca y favorables á su establecimiento; pero era un fruto prematuro, y el Cometa bien vió que aquello no eran hombres.

Se hubiera podido dar tal vez á esos seres primitivos de los cuales acabo de hablar el nombre de Trogloditas, si consideramos que vivian en las cavernas naturales, ya en la falda de las montañas, ó ya en la soledad de los bosques y que jamás colocaron una piedra sobre otra para erigir la mas pequeña construccion. Tal vez fuesen el origen de la raza humana y el punto ó línea de transicion con las razas animales anteriores, pues *Natura non facit saltum*. Pero el viajero observador no pudo resolver este misterio. Durante los cuatro años que acabamos de marcar, los observó sin llegar á darse cuenta de la realidad de su naturaleza y cuando en el año treinta y un mil novecientos cuatro ántes de nuestra era volvió á su perihelio, habian desaparecido ya aquellos seres misteriosos y en vano buscó sus huellas ó sus sucesores en la Tierra.

Veíanse también á veces pasearse grandes monos, con el bastón en la mano, por las selvas vírgenes, y á veces también dos grupos armados de enormes palos encontrarse en un bosque y darse una tunda recíproca y soberana; los muertos y los heridos allí se quedaban y se les olvidaba sin ninguna clase de compasión. En otro lugar se veían diferentes monos jugar entre ellos de un modo inocente y amistoso, aunque á veces pérfido, lo que denotaba ya cierta inteligencia. Muchos de esos jugadores se complacían á veces ir á hostigar á algún cocodrilo dormido, el cual despertándose sobresaltado los veía huir á todo correr divirtiéndose él también á la vez en avanzar una pata y comerse la cabeza del más pequeño ó del menos listo de entre ellos. Mas allá se veían grupos numerosos que celebraban alegremente, tal vez la boda de algún personaje importante de la compañía. Verdaderamente estos fueron entonces los únicos seres que llamaron verdaderamente la atención del Cometa. Se los hubiera quedado mirando durante cincuenta mil años sin cansarse. Los restantes no aparentaban tener ni la cuarta parte de su inteligencia. Caballos, elefantes, perros ó gatos, parecían más dóciles, y tal vez andando el tiempo educados por el hom-

bre podrían elevarse sus facultades al nivel de esas razas domésticas, más inteligentes que la de los monos; pero en aquella época, aquellas eran sin disputa alguna las primeras de la creación.

Divisó más tarde en las ardientes comarcas del Ecuador, otros seres que ofrecían un gran parecido con los precedentes. Eran negros como ellos, vivían también en pequeñas familias en los desfiladeros ó en los briques, se mataban recíprocamente de vez en cuando, daban caza á las aves del cielo y permanecían ocultos durante la noche. En dos cosas se diferenciaban un poco de los anteriores: en que los primeros se divertían mucho, mientras que los segundos parecían estar siempre de un humor feroz, y que encendían á veces unos palos en un pequeño volcán mientras que los otros no lo habían probado nunca. A parte de esto se parecían como dos gotas de agua.

Por una de las más felices coincidencias, como no se encuentran más que en las novelas, nuestro Cometa, que se aleja del Sol, según hemos dicho, á quince mil millones, trescientos ochenta y siete millones, ochocientas mil cuatrocientas leguas, se encontró, el mismo año en que hizo la prudente observación, con un gran Cometa

parabólico¹, que venia del Sol α del Centauro, vecino nuestro, que no dista de nosotros, como se sabe, mas que unos ocho trillones seis cientos tres mil millones, dos cientos millones de leguas de aquí. Aprovecharon aquel raro y feliz encuentro para ir un rato juntos y el Cometa del Centauro acompañó al nuestro hasta la órbita de Neptuno. No hablaron mas que un momento cometario, es decir durante unos tres cientos noventa años únicamente; pero aquel breve instante bastó para que nuestro Cometa se pusiera alegre y contento, porque su comadre, que tenia mucho talento, le aseguró que si habia visto encender fuego en la Tierra, tenia derecho para deducir que en ella existia ya una raza inteligente.

Hablaron tambien de los reinos extra-neptunianos, y el cometa parabólico dió clara muestra de gran erudicion y de profunda experiencia; por

¹ Se llaman cometas parabólicos aquellos que en vez de seguir alrededor del Sol una curva cerrada y de volver á pasar periódicamente por los mismos sitios, se apartan de la figura elíptica para no volver mas. Aléjanse entónces á distancias indeterminadas, salen de la esfera de atraccion de nuestro Sol, entran á veces en el dominio de otro y le pertenecen por cierto tiempo; despues caen de nuevo en otro sistema y continuan de un modo irregular su carrera vagamunda.

que nada mejor hay como los grandes viajes para instruirnos sobre el valor relativo de los diferentes países. Pero por otra parte dan á veces ménos solidez á nuestros juicios sobre ciertas verdades absolutas, independientes de las nacionalidades, y ese Cometa de paso fluctuaba en la duda cuando se trataba de esas graves verdades. Por eso el nuestro resolvió estar en guardia contra las atracciones del desconocido y no hacerse nunca parabólico. No referiré sus discusiones sobre los extra-neptunianos, puesto que están mas allá del limite de nuestro alcance. Nuestras mas lejanas miradas, — hablo de miradas telescópicas, — no van mas allá del Tridente, cuyo centro se limita á un imperio de dos mil millones, tres cientos millones de leguas de distancia.

A su vuelta siguiente, nuestro intrépido viajero auguró bien de la Tierra desde que á ella se acercó. Aquella Tierra querida se presentaba al Sol naciente bajo el aspecto mas bello y espléndido que habia visto nunca. Resplandecia llena de juventud y claridad en el limpio cielo. Las llanuras verdeaban como en la mañana refrescada por el rocío; abriáanse las flores, y los bosquecillos amenos ofrecian al lado de la azucena las rosas abiertas ya. Ciertamente que aquello era la última

época, el período cuaternario que empezaba.

Si los volcanes que aun humeaban eran numerosos en el centro de las cordilleras y si los vapores rojizos subian en torbellinos hácia el cielo; si la Tierra temblaba aun y parecia como estudiar sus entumecidos miembros; si pesados paquidermos hollaban el terciopelo esmaltado de los prados, mientras que los tigres rugian en el vasto desierto; si los grandes cazadores alados caian sobre séres pequeños y temerosos para devorarlos, mientras que el mar salado encerraba en su seno monstruos inexorables, estriba esto en que la Tierra no debia ser un mundo perfecto, sino que debia permanecer como un mundo inferior, en que la *ley de muerte* reinase, ¡ay! como condicion necesaria de la ley de la vida. Pero veian bien claro que los tipos primitivos informes habian desaparecido siendo reemplazados por otros mas adelantados y establecidos en una base definitiva. Bien claro estaba que desde el monte al llano y del bosque al mar habia llegado la hora de ocupar aquellos lugares un huesped capaz de apreciar el valor de semejante mansion.

Preocupado siempre por ver al fin en la Tierra séres capaces de comprender la belleza de aquellas grandiosas escenas, criaturas nobles y pode-

rosas cuya frente estuviese iluminada por la sacra aureola del pensamiento, nuestro Cometa no dejaba ni un instante de velar. Bien habia visto, seis años cometarios ántes, á algunos bípedos de pelo pardo pasar de una á otra caverna y hacer largas cacerias; bien observó al año siguiente, otros séres armados de arcos, de flechas, hachas y cuchillos de sílice, reunirse en ciudades de barro y beber en los lagos como los castores; pero no podia resignarse á creer que la raza humana no tuviese otros representantes. En cada uno de estos viajes perihélicos abarcaba con sus miradas el conjunto del globo en cada una de sus comarcas y su corazon palpitaba á cada instante ante un descubrimiento ilusorio. Hacia cincuenta mil años, diez mil sobre todo, que aguardaba para ver aparecer al hombre; bien merecia recibir al fin su recompensa.

En los fértiles valles bañados por los afluentes superiores del Ganges y del Indo, mas allá de las gigantescas cordilleras del Himalaya, una primavera perpetua derrama su benéfica influencia. El zodiaco iranio toma su origen en un punto del cielo que marcaba el solsticio en el año de 19337. Dos grandes razas vivieron mas tarde bajo aquella institucion del primer calendario astronómico.

En la época en que pasó el Cometa estaban aun reunidas aquellas dos razas : eran los Aryas, tribus nómadas que reconocieron inmediatamente como superiores á las precedentes; además de su forma exterior mas adelantada, manifestaban por signos indubitables una conciencia inteligente. Habíanse congregado las familias en poblaciones, y aquella vida nacional primitiva, que lleva sus tiendas de una á otra plaga, se dirigia hácia el Sol. Era el despertar del Oriente; y allí quizás la cuna de la inteligencia. ¿ Acababa Dios de poner la mano en su última creacion para hacer resplandecer en su frente el signo eternamente imperecedero de la conciencia? Ó no habia tocado aun la frente de aquella criatura demasiado joven aun?... No se dá el uso de la razon al niño al dia siguiente de su nacimiento.

Cuando se arroja una bellota en el humus fértil, pasan los años y abren el gérmen secreto. Muchas nieves blanquean el suelo del bosque, muchas primaveras derraman su rocío y muchos julios envían su calor saludable á los frondosos árboles. Después de mucho tiempo trascurrido vemos á una tierna encina mecerse al soplo del viento y los pajarillos que en ella se posan hacen cimbrear su débil tallo. Pero si pasan los siglos

por la creciente copa del vegetal, con los siglos vendrá también la verdadera grandeza del árbol de inmensas ramas. A su sombra vendrán á sentarse las generaciones y las cifras llegarán á ser impotentes para señalar el número de sus años. Del mismo modo en la naturaleza todo crece con lentitud; así también en la obra divina todo progresa según la noble sucesión de los tiempos.